

618

# CONOCE A TU HIJO

JACK HOLT  
FLORENCE RICE

25  
CFS





Lambert Hilliger, Lambert

## BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO  
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL  
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES  
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS  
Sdad, Giral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI APARECE LOS MARTES NÚM (618)  
The Awakening of Jim Burke (1935)

## CONOCE A TU HIJO

Una emocionante historia de un hombre rudo que es dominado y redimido por su hijo, magistralmente interpretada por

**JACK HOLT**

Narración de C. GOTARREDONA

BT.

20-7-36

EXCLUSIVAS

**COLUMBIA FILMS, S. A.**

Av. 14 de Abril, 484 - BARCELONA

Sucursales en

Madrid, Valencia, Bilbao y Sevilla

REPARTO

Jim Burke . . . . .	JACK HOLT
Tess Hardie . . . . .	FLORENCE RICE ×
Jimmy Burke . . . . .	Jimmy Butler ×

Kathleen  
Burke

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

## CAPITULO I

Jim Burke probaba con sus hombres la pasarela que acababa de tender sobre el barranco: un trasbordador primitivo, colgado de un cable sobre un abismo de más de cien metros de profundidad.

Su gente, como de costumbre, elogaba su idea.

—Tuviste una gran idea.

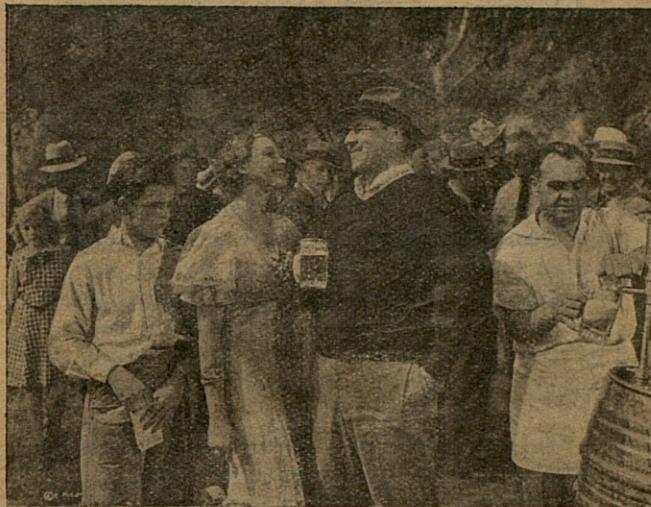
—Con esto nos evitamos un rodeo de más de tres kilómetros.

Jim, halagado, satisfecho de su propia obra, exclamó:

—Está bien, muchachos. Ahora vamos a celebrar el invento tomándonos unas copas.

Todos, en grupo, se encaminaron a la cantina, instalada junto a la cantera.

Jim Burke era el capataz del campamento. Sus subordinados le respetaban y le temían, porque tenía unos puños capaces de derribar un toro y un genio de los peorcitos



La fiesta en honor de Jimmy.

que circulaban entre aquella gente pendera, ruda,

—Usted es el jefe en todo — le decía uno de los operarios, mientras tomaban las copas.

—¿Por qué es eso?

Jim Burke blandió el puño en alto y exclamó:

—El que tiene buen puño, es primero donde quiera que se encuentre.

De allí Jim se fué al bazar, centro vital

del campamento, donde le entregaron una carta que decía:

Muy señor mío:

Hoy hace diez años que su esposa y usted se divorciaron. De acuerdo con la ley la madre tenía derecho al niño hasta la edad de doce años. De hoy en adelante si usted lo desea su hijo puede pasar todos los veranos a su lado.

Hago a usted esta participación cumpliendo con lo estipulado por los tribunales.

Le saluda atentamente,

*Horace a Toomey.*

—Es de mi hijo — le dijo Jim a Tess, la hija de Hardye, el dueño del bazar.

—¿Usted es padre? — exclamó ella sin poder disimular su asombro.

—¿Qué tiene eso de raro? — dijo él encogiéndose de hombros.

—Sí, es verdad, pero nunca me había dicho nada...

—¿Debo decírtelo todo?

Tess y Jim eran muy amigos, pero lo habrían sido muchísimo más, sin duda, a no ser por cierta mujer que se había intercedido entre ambos que hizo que las relaciones se enfriaran bastante. Pero, así y todo, Jim gustaba de hablar con ella y ella no le hacía mala cara a Jim.

—¿Qué le pasa al chico? — preguntó Tess, después de una pausa.

—Dice que está loco por verme.

—Por qué no lo trae a vivir con usted?

—Está con la madre... Es tremendo.

—Como el padre... — dijo ella con ironía.

Rápidamente se corrió la voz por la pequeña colonia. Hasta entonces, Jim Burke había guardado secreto sobre la existencia de su hijo y en general sobre sus asuntos personales. Se sabía solamente que estaba divorciado y nada más.

Horas después, en la cantina, Jim se vió obligado a hablar sobre el particular con sus subordinados.

—Es un valiente. Le echaron de la escuela porque les pegaba a todos los chicos. Tiene un puño como el mío.

—Tráelo aquí. Tú eres nuestro jefe: él será el jefe de los chicos.

Así empezó Jim a acariciar la idea de hacer venir a su hijo al campamento. Ya era hora de que conociera al muchacho. Después de todo, una temporada en el campo no le iría del todo mal. No le faltarían chicos con quienes pelear, porque Jim Burke no concebía la existencia sino a fuerza de puñetazos. Lo demás no le interesaba. Toda su vida había andado por el mundo a puñetazo limpio y era natural que su hijo también lo hiciera. Pero...

Laura era un estorbo. Estaría feo que el chico se enterase de ciertas cosas. Sin embargo, con un poco de discreción, la cosa podía arreglarse bien.

Fué a ver a Laura y le dió la noticia.

—Pienso traerlo.

—Haces mal — dijo ella —, tú no sabes nada de niños.

—No es tan niño: tiene ya doce años.

Hacía unas semanas que Jim esperaba que le concediesen un contrato para una importante obra en La Habana y había prometido a Laura que se casarían y marcharían juntos allá.

Por egoísmo ella trató de disuadirle. El niño podía fomentar las relaciones con su esposa y eso no le convenía en modo alguno.

Jim salió de casa de Laura de mal humor y se encaminó al bazar donde redactó un telegrama y lo entregó a Tess para que lo pasara por teléfono.

Tess leyó el texto:

“Quisiera traer chico, pero imposible actualmente.”

—¿Por qué no lo trae?

—Es mucha responsabilidad.

—Y usted no quiere molestarse, ¿verdad?

—Quizá no le guste esto...

—Puede que ni usted le gusta. Si fuera hijo mío, lo traería.

—Me gustaría verlo, pero...

—Este telegrama, le convencerá de lo mucho que usted le quiere.

Esta conversación mortificó tanto a Jim Burke, que hizo añicos el anterior telegrama y redactó otro que decía:

“Suplico participarme salida de mi hijo. Envíole importe pasaje. Agradecido,

*James Burke.*”

Tess pasó el telegrama y, cuando Jim marcha, sin decirle ni adiós siquiera, ella suspiró y dijo a media voz:

—Lástima que tenga una cabeza tan llena de pajarillos...

#### GRATIS

se le remitirá el

#### CATALOGO ILUSTRADO

que contiene gran variedad de  
amenas publicaciones, pidiéndolo

a EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

—¿En el Oeste? ¡Naturalmente! ¿Cuándo me vas a mandar?

## CAPITULO II

Jim Burke tenía un hijo, pero no sabía ni podía apreciar la diferencia que había entre el hijo que él se había imaginado y lo que era en realidad.

Su madre, al separarse de Jim, concentró todo su cariño en su hijo idolatrado. Ella era una mujer de mucha imaginación y soñó que su hijo fuera un artista, un hombre mundialmente célebre y le dió una carrera apropiada: le hizo músico, queriendo sacar provecho de las aptitudes excepcionales que para el violín tenía el muchacho.

Cuando su abogado le notificó que había recibido noticias de su ex-marido aceptando que el muchacho fuera a pasar una temporada con él, cuando el muchacho llegó de su diaria clase de música, aquella misma tarde, le dijo:

—¿Te gustaría pasar unos días con tu padre?

—¿En el Oeste? ¡Naturalmente! ¿Cuándo me vas a mandar?

—Mañana mismo puedes salir siquieres. Pero, hijo mío, te recomiendo que te cuides y que no abandones tus estudios. Ya sabes que el maestro quiere...

—Ya lo sé — le interrumpió el muchacho vivamente —. Cuidaré mis manos como si fueran oro en paño. No te preocupes.

Dos días después, en el campamento reinaba la mayor espectación. Iba a llegar el hijo de Burke y su padre se estaba acicalando en la barbería, con más cuidado que de costumbre, pues quería dar a su hijo una excelente impresión.

—¿Le echo de esto? — preguntó el peluquero, mostrándole un frasco.

—¡No! — exclamó vivamente Jim Burke —. No quiero que mi hijo me tome por afeminado.

—Toda la gente importante lo usa. Es aceite de medula de tigre.

—Sí, pero huele demasiado bien. No me gustan los perfumes.

Jim Burke había pintado a su hijo como una cosa excepcional. Para él, tenía que ser un verdadero atleta, campeón de todos los deportes, siempre dispuesto a pelearse con los demás muchachos de su edad. A base de esto, se había imaginado las más truculentas

aventuras, que contaba a sus amigos con natural orgullo.

—Ya veréis, ya, cómo se porta el chico. Estoy seguro de que cuando llegue se dedicará a descalabrar a todos vuestros hijos.

Aquella misma tarde había encargado a su asistente que comprase determinadas cosas del bazar, a fin de que su hijo no echase nada de menos. Era cuestión de que sus músculos no se entumecieran por inanición y encargó guantes de boxeo, pesas, un gimnasio completo y además una magnífica escopeta.

Cuando toda la comitiva llegó a la estación a esperar al muchacho, el jefe les anunció:

—El tren se atrasó. El puente viejo se ha derrumbado definitivamente.

Llovía torrencialmente y en la desmantelada estación no podían esperar las dos horas de retraso que llevaba el tren.

—Esperaremos en la cantina — propuso Jim Burke.

Al llegar a la cantina, Jim cambió de opinión.

—Yo esperaré en casa de Laura.

—¿Y si el tren llega antes? — preguntó su asistente.

—No te preocupes. Yo llegaré primero que él.

Primero llegó el tren y después Jim Bur-

ke en un estado vergonzoso de embriaguez, porque después de la visita a su amiga, se entretuvo en la cantina.

En la sala de espera de la estación había un muchacho con cara de señorita que le dijo:

—Estoy esperando a mi padre.

Jim Burke se lo miró, cuidando de guardar el equilibrio y exclamó al cabo:

—Yo soy tu padre.

## Las mejores

Precio  
UNA pa.

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS**

sorprendido al ver que el chico, con un vestido de mujer en el que se veían los pechos, se acercó al muchacho y le preguntó:

### CAPITULO III

No hay que decir la impresión que causó al muchacho el estado lamentable en que se presentó su padre. Sin embargo, por el respeto que le debía, hizo el desentendido.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, su padre lo sacó de la cama. Durante el desayuno, padre e hijo comían silenciosamente, dirigiéndose miradas escrutadoras.

El traje del chico especialmente había llamado la atención a Jim Burke. Era un traje de señorito que hacía daño a la vista.

—¿Y ese disfraz? ¿Dónde conseguiste ese traje?

—Es el mejor que tengo — respondió el chico sin comprender.

—Es demasiado bueno para aquí — rezonó Jim Burke —. Ya te compraré uno apropiado. ¿Cómo te sientes, Dempsey?

—Muy bien.

—Anoche no llegué a tiempo para reciberte... Tuve que trabajar hasta muy tarde.



- ¡No quiero ir!

Además, empezó a llover y... Tú, en la estación, estabas medio dormido, ¿verdad?

—Sí; no recuerdo nada.

—Aquí nos vamos a divertir mucho. Mañana hay una fiesta en honor tuyo. Di, atleta, ¿qué es lo que te gusta más?

—Tocar el violín.

—¿Sabes muchos fox-trots? ¿Cuál es tu canción favorita?

—La Danza número 5 de Brahams...

Jim Burke no comprendía. ¿Aquel señorito de goma era su hijo? ¿Era posible que su esposa hubiese convertido un hombre en una señorita?

Después del desayuno lo llevó a ver los regalos que había comprado para él. Había de todo. El muchacho estaba maravillado, porque aquellos juguetes nunca habían estado a su alcance. Había, sobre todo, una navajita que le interesó mucho. La miró extasiado y después trató de abrirla.

—Ten cuidado, no te vayas a cortar — le dijo su padre.

—Es verdad; mamá dice que mi futuro está en mis manos.

—Jim Burke sonrió con orgullo, y blandiendo el puño a la altura de los ojos de su hijo, exclamó:

—Tienes razón. Sin estas manos yo no habría hecho nada. Con coraje y puños, todo se logra. Tengo que habérmelas con gente de toda especie que no respetan más que una cosa: ¡esto! ¡Tus manos son tus armas!

—Eso mismo dice mamá.

Jim Burke colgó entre las suyas vellosas y duras las suaves y blancas manos de su hijo y, después de examinárselas en silencio, le dijo:

—¿Por qué las tienes tan suaves?

—Para tocar el violín.

Aquella mañana la destinó Jim Burke a

su hijo. Era cuestión de presentarlo a sus amistades. Quería que todo el mundo le conociera, pero antes que nada tomó la precaución de llevarlo al bazar con objeto de que cambiase aquel traje ridículo por uno más apropiado.

Tess recibió al niño con dulzura.

—¡Es un caballerito! — exclamó con entusiasmo.

—Es hijo mío y tendrá que ser como yo. Por eso he venido a que me le cambie el traje. Quiero que le vista de persona decente — exclamó Burke, torciendo el gesto.

—Nadie cambia de un día para otro... — exclamó Tess.

Buscaron unos pantalones y una camisa apropiada y el muchacho entró a vestirse en la salita de Tess. Mientras tanto, su padre y ella hablaban animadamente, mejor dicho: discutían acerca del chico.

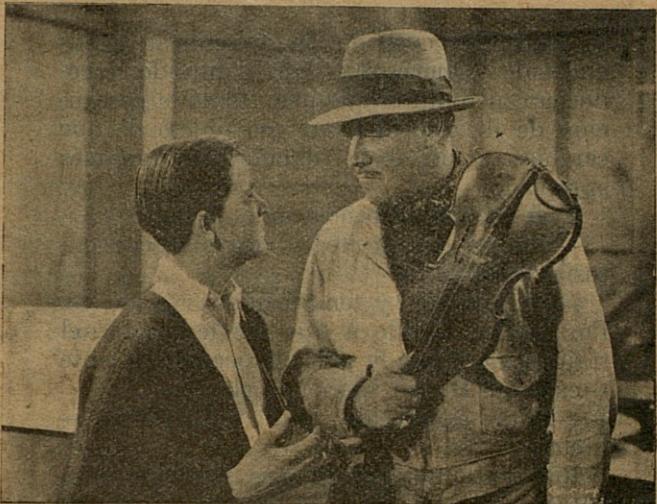
—¡Yo sabré educarlo! — decía él.

—¿Dónde aprendió? ¿En la taberna?

En el cuarto de Tess había un piano. Una vez vestido, el muchacho levantó la tapa y se sentó empezando a tocar una de sus canciones favoritas.

—¡Qué bien toca! — exclamó Tess con entusiasmo.

Jim Burke se encogió de hombros y, dirigiéndose hacia la puerta del cuarto, la abrió y gritó:



- Cuando hayas cambiado te lo daré.

—¡Deja eso, muchacho! Vámonos.

Cuando el chico salió transformado en un verdadero muchacho de los que andaban por el campamento, su padre se lo miró con satisfacción.

—¡Ahora sí que pareces un hombre!

Tess estuvo con él y muy amable.

—Vuelve cuando quieras. El piano está a tu disposición.

—Toco mejor el violín.

—Magnífico. Yo te acompañaré.

Jim Burke le dió un empujón. Una vez en la calle, mientras marchaban en dirección a la casa de Laura a quien quería presentárselo, el padre le decía:

—Lo único que me interesa es que aprendas a boxear. Ningún Burke ha sido violinista.

Así como Tess le había sido extraordinariamente simpática Laura causó al muchacho una impresión desagradable. Ante ella su padre quiso demostrar que el muchacho tenía grandes aptitudes y le puso el rifle en las manos para que tirase al blanco.

Como el niño no había tenido en su vida un arma el culatazo del disparo casi le tumbó.

Laura se destornillaba de risa burlándose del chico y esto no le agrado nada. Su padre, sin saber qué decir, se mordía los labios y se lo llevó aprisa a su casa, porque era la hora de comer.

## CAPITULO IV

Al día siguiente por la tarde tuvo lugar la fiesta en su honor. En una finca propiedad del alcalde, se reunieron todas las familias de la colonia. El vino y los licores corrían abundantemente. Puede decirse que el único que no participaba de la fiesta era el obsequiado.

En un tablado provisional se encaramaron unos músicos que tocaban detestablemente. Aquella música hería sus oídos.

Pero lo más grande, lo que laceró el tierno corazón del muchacho, causándole una herida que nunca se borraría de su memoria, fué el espectáculo salvaje y brutal que le obligaron a representar.

Era costumbre en la colonia celebrar una especie de pugilatos en que tomaban parte padres e hijos. Estas fiestas bárbaras, no sólo servían para medir la destreza de los proge-

nidores sino también para acostumbrar a los hijos a la lucha.

Jim Burke obligó a su hijo a tirar de la cuerda, en competencia con otro muchacho y su padre.

Les ganaron fácilmente, porque el niño apenas había ejercitado la fuerza. Después se organizó una partida de boxeo. Los muchachos subían a hombros de sus padres y en esta posición luchaban unos con otros. También los Burke fueron fácilmente vencidos por sus contrincantes.

Esto exasperó a Jim Burke, que jamás había sido vencido por nadie. Esta derrota echaba por abajo todas las leyendas que había contado acerca de su hijo. Era una vergüenza, una mancha para su honor.

Después de este fracaso, el muchacho se retiró a un rincón. Los chicos de la colonia, viendo su debilidad la emprendieron con él y le pegaron. Menos mal que Tess acudió en su auxilio y lo protegió.

A los gritos de unos y otros se había aproximado mucha gente. Tess estaba verdaderamente indignada y, protegiendo al muchacho con su cuerpo, gritó, encarándose con la gente:

—Ustedes son unos salvajes. ¿No le da vergüenza a usted, Jim Burke, enseñar a su hijo semejantes espectáculos?

Se lo llevó a su casa, para curarle las con-

tusiones que le habían causado aquellos bárbaros.

Por la noche, Jim Burke, hablando con Laura, le dijo:

—¿Qué haré con Jimmy?

—Que se vaya a vivir con su madre.

—Creerá que no le quiero.

—Sólo vino a hacerte una visita. Tú y él nunca os llevaréis bien, porque tenéis ideas muy distintas...

—Está acostumbrado a vivir pegado a las faldas de su madre. Tal vez cambiaría...

Aquella misma noche, Jim Burke, hablando con Tess, le anunció:

—Voy a mandar a Jimmy a Boston. No es porque no sépa pelear, sino porque está mejor junto a su madre. Lo hago por su bien...

—Eso no es verdad — respondió Tess indignada —. Lo que pasa es que usted no ha tratado de comprender que el muchacho está educado y usted no sabe ponerse a su altura. Su hijo es superior a usted.

—¿Qué quieres que te diga, Tess? No me gusta que el hijo de un Burke tenga manos de señorita...

—Esas manos pueden hacer célebre el nombre de Burke.

—No quiero discutir. Jimmy tiene que irse.

En aquel momento llegó un telegrama

para Jim Burke. El mismo en persona lo recibió por teléfono. Al colgar el auricular, su semblante estaba demudado. Una intensa emoción ensombrecía sus ojos.

—La madre de Jimmy murió — dijo sordamente a Tess.

## NIÑOS!!

### Biblioteca de Aventuras Mickey

Dos historietas en cada libro, ilustradas con dibujos inéditos de **WALT DISNEY**  
Amena traducción de MARÍA LUZ MORALES

Tomo primero: **MICKEY Y SU JAZZ - MICKEY BOMBERO**

Tomo segundo: **MICKEY CAZADOR - MICKEY TAXISTA**

Precio de cada ejemplar: **1'50 pesetas**

Pedidos: **Editorial "ALAS"-Ap.º 707-Barcelona**

of the people in the city. Jim Burke had been in the business of real estate for many years. He had a large office in the center of the city, and he was well known throughout the country.

## CAPITULO V

Jim Burke llegó a su casa y no sabía cómo romper el silencio. Por fin, después de la cena, dijo a su hijo:

—Tengo que hablar contigo. Se trata de algo desagradable, o mejor dicho: grave. No sé cómo empezar. Es tan duro para ambos que tú puedes ayudarme a salir de este aprieto...

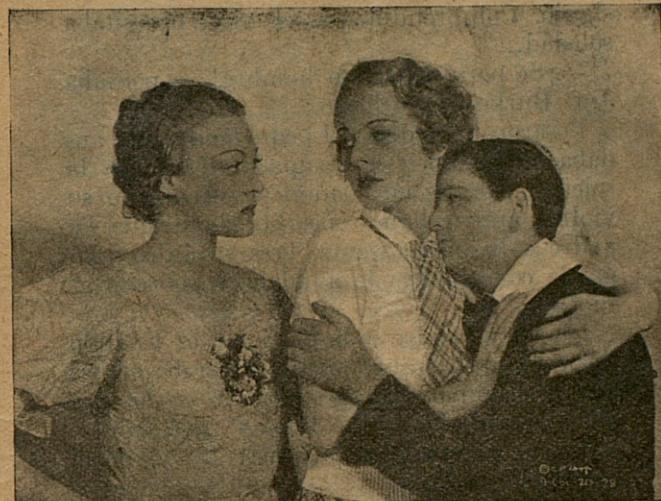
—Lo que ha pasado, haría llorar a una mujer, pero un hombre comprendería que se trata de una cosa natural. Para un hombre de veras, no hay golpe duro.

Jimmy estaba intrigado. El semblante de su padre denotaba una gran preocupación. Se veía que estaba visiblemente afectado.

—¿Qué pasa? — preguntó, tratando de adivinar.

—Tu madre... Se trata de tu mamá...

—¿Está enferma? — preguntó el muchacho con ansiedad.



... atrayéndose la voluntad del chiquillo.

—No; ya dejó de sufrir...

Jimmy recibió el golpe con entereza. Había aprendido mucho en los pocos días que estaba allí. Sabía, por ejemplo, que su padre no estaría contento con que dejase desbordar el sentimentalismo y se pusiese a llorar como una mujerzuela...

—No te preocupe — dijo — que no lloraré.

Y se dirigió a la calle. Jim Burke no le

siguió. Comprendió que el niño necesitaba soledad...

—¡Se portó como un hombre! — pensaba Jim Burke con orgullo.

Pasaron unos días. El pequeño Jimmy andaba silencioso y preocupado, buscando la soledad. De vez en cuando practicaba en su violín, aprovechando las horas en que su padre se hallaba ausente. Tess, su única amiga, le consolaba y le ayudaba a sobrellevar su pena.

Un día su padre se lo llevó con él. Cuando llegaron al barranco todos los trabajadores que le acompañaban se metieron en la caja del trasbordador, pero Jimmy tuvo miedo.

—¡No quiero ir! ¡No quiero ir! — decía obstinadamente.

Los operarios se reían del muchacho. Jim, avergonzado, insistía en que subiese, pero el muchacho replicaba:

—No, papá, puedo marearme...

Hubo de desistir y dijo que ellos regresarían por el camino. Anduvieron un trecho en silencio. Después el padre le dijo:

—¿Te gustó que se rieran de ti?

—No...

—Tienes que ser un hombre.

—Yo no soy cobarde...

—No olvides que estamos solos en el mundo. Sigue mi ejemplo: sé más fuerte que yo. En la vida hay que luchar a brazo partido...

y un violín no es un arma. Tienes que endurecer las manos y hacer lo que yo diga. ¿Has entendido?

A partir de aquel día, Jim Burke prohibió terminantemente a su hijo que tocara el violín. Jimmy no cumplió la promesa y su padre lo encerró en un armario, y le dijo:

—Olvida el violín y aprende a ser hombre. Cuando hayas cambiado, te lo daré.

Estas palabras se grabaron en el pensamiento de Jimmy. Era verdad, tenía que ser hombre. Los chiquillos de la colonia le molestaban continuamente, desafiándole y hasta, en una o dos ocasiones, habían intentado pegarle.

Jimmy se hizo un propósito: ser valiente y ganar a los muchachos que se habían crecido tanto con su prudencia, tomándola por miedo. El no era cobarde, pero acostumbrado a la vida de la ciudad, no había desarrollado sus músculos y carecía de fuerza.

Con ayuda del asistente de su padre, empezó a tomar lecciones de boxeo y a ejercitarse el músculo. A los pocos días, ya había avanzado bastante, porque su voluntad era poderosa.

Días después, cuando se dirigía desde su casa al bazar de Tess, un grandullón empezó a provocarle y Jimmy, sin encomendarse a nadie, aceptó el desafío. La pelea fué larga y Jimmy salió descalabrado, lleno de heri-

das y arañazos en la cara. Cuando acudió gente y los separaron, el pobre muchacho estaba hecho una lástima. Le llevaron al bazar y allí Tess le atendió con toda solicitud.

Mientras le curaba, Jimmy lloraba a lágrima viva.

—Papá dice que soy un cobarde y tiene razón...

—Al contrario: ¡eres el chico más valiente que existe!

Tess no pudo contenerse y, cuando le hubo curado, se fué en busca de Jim Burke, que se hallaba en casa de Laura. La muchacha entró resueltamente y puso a Jim en conocimiento de lo que había ocurrido.

—Usted tiene la culpa de todo — le dijo furiosa—. El niño ha querido demostrarle que no era un cobarde para que le diese su violín. Creyendo que usted lo desprecia, ha aprendido a boxear.

—Lo que pasa — dijo Laura interviniendo — es que usted está celosa de que Jim venga por aquí y por eso quiere mezclarse en sus asuntos, atrayéndose la voluntad del chiquillo.

Tess no hizo caso y, volviéndose hacia Jim, que aún no había abierto la boca, le dijo:

—¡El chico es más valiente que usted! Se expuso a que lo mataran por complacer a un necio como usted.

—¿Por qué la dejas que te insulte? — dijo Laura.

—¡Porque tiene razón! — exclamó Jim resueltamente.

Y, cogiendo violentamente a Tess, se la llevó casi a rastras y abandonó aquella casa dispuesto a no volver más.

— ¡Vamos a ver si el auto no tiene más gasolina! — gritó Jim.  
— ¡Vamos a ver si el auto no tiene más gasolina! — gritó Tess.  
— ¡Vamos a ver si el auto no tiene más gasolina! — gritó Jim.  
— ¡Vamos a ver si el auto no tiene más gasolina! — gritó Tess.

## CAPITULO VI

Jimmy ya no estaba en el bazar, ni tampoco en su casa. Su padre lo llamó a grandes voces, pero en vano. Después comprobó que había recogido sus cosas y había marchado.

No había más que dos caminos: el de la estación y el del barranco. Jim estaba seguro de que no había salido ningún tren desde que Tess había dejado al muchacho para ir a avisarle. Habría salido, pues, por el camino del barranco.

Jim cogió su destrozado Ford y emprendió su persecución. Iba a velocidad por el difícilísimo camino. La noche se había echado encima y no pensaba que podía estrellarse de un momento a otro.

Jimmy no estaba muy lejos. Apenas había andado los primeros kilómetros. Oyó el ruido del auto de su padre y trató de es-



— Que vaya con su madre.

condense, pero de pronto vió cómo el auto se estrellaba contra una roca.

Acudió prontamente. Su padre estaba herido, muy herido.

— ¡Me rompí una pierna! — le dijo —, Me estoy desangrando. ¡Ayúdame!

El muchacho obedeció maquinalmente. Su padre le preguntó.

— ¿Por qué cambiaste de ropa?  
— La otra no era mía. Voy a pedir auxilio,

—Es inútil, me desangraré. Para salvarme, tendríamos que pasar por encima del barranco.

—Pues vamos — dijo Jimmy resueltamente.

Olvidándose del dolor que experimentaba en aquellos momentos, Jim Burke miró a su hijo con admiración. El muchacho le ayudó a avanzar los pocos metros que les separaban del trasbordador. Fué muy difícil, pero pudieron embarcar en la caja. Para hacerla funcionar, como su padre no podía hacer movimiento, Jimmy tuvo que encaramarse sobre la caja y tiró de la cuerda. El trasbordador se deslizó sobre el abismo. El peso del padre hacía inclinar la caja de un modo terrible. El viento la hacía balancear, pero Jimmy, a pie firme, no pensaba más que en salvar a su padre y no tenía miedo de nada.

Cuando a duras penas pudieron desembarcar en el otro lado, Jim Burke ya había agotado todas sus energías y se desmayó. Jimmy corría a pedir auxilio.

\* \* \*

Tres días después, Jim Burke volvía a recobrar el conocimiento y miró en torno. A ambos lados de la cama estaban Tess y su hijo, pendientes de él.

Jim Burke estrechó la mano de Tess entre las suyas.

—Soñé que un ángel me estaba cuidando... — dijo.

Ella le obligó a tragar una pócima. Jimmy, que había permanecido un poco retraído, se acercó a su padre y le dijo:

—¿Cómo te encuentras, papá...?

—Pronto estaré bien. Los Burke somos de acero.

Jim hizo aproximar a Tess.

—Puede que usted no me haga caso, pero estamos dispuestos a hacer todo lo posible por convencerla... Yo quiero muchísimo a Jimmy y él la adora, y si algún día usted quisiera...

—¿Cuándo va usted a devolver su violín a Jimmy? — preguntó ella, tratando de eludir la respuesta.

—Cuando usted me conteste categóricamente.

—Bueno, pues... sí.

No hay que decir que Jim Burke devolvió inmediatamente a su hijo su precioso violín y que, desde aquel día, los tres vivieron felices.

F I N

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

A PUEBLO A LA VENTA

# Contra el imperio del crimen (G. Men)

Es un hecho consumado, evidente. Antes o después de «CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN», ninguna novela de «gangsters» ha obtenido ni obtendrá un éxito tan rotundo que deje una huella tan profunda en la opinión. Es como el compendio, la culminación apoteósica de un género que nadie ha podido disputarle a Norteamérica. Es la realidad máxima de los modernos bandidos de Chicago, terror de ciudadanos y policía, audaces profesionales del crimen, cuya organización perfecta, dentro del delito, causó el asombro y el pánico del mundo.

La máxima creación de

## JAMES CAGNEY

UNA PESETA

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

La maravilla del año cinematográfico  
que recordará los éxitos inenarrables de

**Ediciones  
BIBLIOTECA  
FILMS**

---

UNA pta.

Siempre lo  
mejor de lo  
mejor en

**Ediciones BIBLIOTECA FILMS... ¡CLARO!**

---

PEDIDOS A  
EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

